

(1940), de Ezequiel Martínez Estrada²¹. Aunque quizás no propiamente urbanas, estas obras representaban recorridos por procesos territoriales y sociales con un nuevo vocabulario, especialmente tomado de la sociología, la antropología y la psicología social, en el caso de los dos últimos. Autor también de *Casa grande e senzala* (1933), Freyre es uno de los pensadores más influyentes en las ciencias sociales que explicarían el proceso de urbanización brasileño en las décadas siguientes. Por su parte, Martínez Estrada puede verse como pionero para la interpretación y análisis del Buenos Aires metropolitano en tanto «fenómeno psicológico» y centro de la «inteligencia» argentina, capital de la prisa y la «velocidad», la «vida mecanizada»²², la mercantilización e instrumentalización de las relaciones, entre otros fenómenos caracterizados por Simmel y Spengler.

Los conceptos positivistas y de las emergentes ciencias sociales también fueron reinterpretados para justificar la labor unificadora de dictaduras represivas pero progresistas, como las de Porfirio Díaz (1877-80, 1884-1911) en México y Juan Vicente Gómez (1908-35) en Venezuela. Con respecto al primero, pueden verse las obras de Francisco Bulnes, así como *Evolución política del pueblo mexicano* (1901-1902), de Justo Sierra. Aunque se trata sobre todo de una reinterpretación fáctica y desmitificada del proceso de independencia, la justificación ideológica del gomecismo ha sido vista en el *Cesarismo democrático* (1919), de Laureano Vallenilla Lanz, quien apeló a las categorías del «solidaridad mecánica» y «orgánica» de Durkheim, entre otros maestros, para explicar los escollos históricos que confrontaba la Venezuela caudillista, haciendo necesaria la figura del «buen tirano» de cara a su consolidación como Estado moderno y urbano²³.

Transición rural-urbana

Para comienzos de los años 1930, países como Argentina, Uruguay, Chile y Cuba figuraban entre los más urbanizados del mundo; con 2.178.000 habitantes en 1932, 696.000 en 1930 y 500.000 en 1925, Buenos Aires, Santiago

²¹ Richard M. Morse, «Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad (1860-1940)», en Jorge E. Hardoy, Richard M. Morse, Richard P. Schaedel (comps.), Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina. Buenos Aires: CLACSO, Ediciones Siap, 1978, pp. 91-112.

²² Ezequiel Martínez Estrada, La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires (1940). Buenos Aires: Editorial Losada, 1983, pp. 21, 36, 48.

²³ Laureano Vallenilla Lanz, Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela (1919). Caracas: Monte Ávila Editores, 1994, pp. 220, 272-273. Ver también A. Almandoz, La ciudad en el imaginario venezolano, t. I, pp. 55-72.

y La Habana, respectivamente, concentraban el 15 por ciento de las poblaciones nacionales, mientras Montevideo congregaba un tercio del Uruguay²⁴. Ciudad de México y São Paulo superaban el millón de habitantes para comienzos de la tercera década del siglo, la cual presenció regímenes como el de Lázaro Cárdenas (1934-40) en México y el de Getulio Vargas (1930-45, 1950-54) en Brasil, abiertos a la industrialización y la modernización, muy asociada por entonces al proceso de urbanización. Ésta también ocurría desde los años 1920 en países como Cuba, Perú y Venezuela, donde la explotación de recursos naturales por empresas norteamericanas, en el marco de gobiernos dictatoriales, como los de Gerardo Machado (1925-31), Augusto Leguía (1908, 1919-30) o el ya mencionado Gómez, aceleraba las políticas de comunicaciones y saneamiento²⁵.

Intelectualizados registros de la nueva realidad urbana y de la gran ciudad latinoamericana pueden encontrarse en obras postmodernistas como *La muerte del cisne* (1910), del uruguayo Carlos Reyles, o el *Ulises criollo* (1936), del mexicano José Vasconcelos; obras en las que, como dice Ángel Rama, la ampliación de la ciudad letrada se da «a través del fuerte componente provinciano de los muchos Julien Sorel que a partir de la incipiente urbanización pueblerina desarrollaron la ambición capitalina y que a partir de su ambigua y desmedrada posición media quisieron rivalizar con la clase alta»²⁶. La saga de urbanización del personaje de Stendhal puede decirse recreada también en *Papeles de Recienvenido* (1929), del argentino Macedonio Fernández, mientras que, desde una perspectiva más cosmopolita, en *Fervor de Buenos Aires* (1923) y otras obras tempranas de Borges, la urbe porteña es recorrida y cartografiada en el marco de una milenaria mitología occidental.

Las diferentes facetas de la transición rural-urbana fueron reportadas por distintas vertientes de obras narrativas publicadas a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Los tempranos retratos de lo que José Luis Romero ha agrupado como las «ciudades estancadas» de provincia²⁷, pue-

²⁴ Jorge E. Hardoy, «Two Thousand Years of Latin American Urbanization», en Jorge E. Hardoy (ed.), *Urbanization in Latin America. Approaches and Issues*. Nueva York: Anchor Books, 1975, pp. 3-55, pp. 50-51; «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», en *La ciudad hispanoamericana. El sueño de un orden*. Madrid: Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1989, pp. 267-74, p. 267.

²⁵ Ver Arturo Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America: From Haussmann to CIAM», en A. Almandoz (ed.), *Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950*, pp. 13-44, pp. 21-22.

²⁶ Ángel Rama, *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984, pp. 129-30.

²⁷ J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas...*, p. 257. *Hago uso aquí de algunas de las referencias dadas por Romero en las páginas siguientes.*

den verse en la Valencia de *Política feminista o el doctor Bebé* (1913), o el Maracaibo de *Tierra del sol amada* (1919), del venezolano José Rafael Pocaterra. El argentino Manuel Gálvez había hecho algo similar sobre La Rioja en *La maestra normal* (1914), y sobre Córdoba en *La sombra del convento* (1917). Algunas capitales no escapaban del sopor provinciano, tal como le ocurría a Quito, *arrabal del cielo* (1930), de Jorge Reyes, o a la Caracas gomecista, adormecido escenario de la *Ifigenia* (1924) de Teresa de la Parra, o del *Reinaldo Solar* (1921) de Rómulo Gallegos. La pretendida modernidad de las burguesías limeña y caraqueña fue satirizada, respectivamente, por José Diez Canseco en *Duque* (1934) y por el mismo Pocaterra en *La casa de los Ábila* (1921-22). El atraso provinciano se tornaría drama de epidemias y pestes, desolación y muerte en los fantasmagóricos pueblos de obras emblemáticas posteriores: el Ortiz de *Casas muertas* (1954), del venezolano Miguel Otero Silva, y el Comala de *Pedro Páramo* (1955), del mexicano Juan Rulfo. «Aquí en cambio no sentirás sino ese color amarillo y acedo que parece destilar por todas partes. Y es que este es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha», dice Bartolomé San Juan a la hija que intenta regresar a los esperpentos de Comala²⁸.

En contraposición estaban los cambios en la cultura aldeana penetrada por la actividad industrial, tal como lo reportara tempranamente el mexicano Rafael Delgado en *Los parientes ricos* (1903) e *Historia vulgar* (1905). Refiriendo también a la urbanización que se difundía en los pueblos, la novela entre «proletaria» e «indigenista»²⁹, de denuncia sobre las condiciones de explotación de recursos locales, sobre todo por compañías yanquis, tendría varios exponentes en la narrativa hispanoamericana, entre los que se cuentan *El tungsteno* (1931), del peruano César Vallejo; así como *Viento fuerte* (1950) y *El Papa verde* (1954), del guatemalteco Miguel Ángel Asturias. Una variante de esta tendencia se encuentra en la novelística del petróleo en Venezuela³⁰, que reportó, por un lado, las mutaciones de los poblados tradicionales mercantilizados por el «oro negro», tal como lo hizo Ramón Díaz Sánchez en *Mene* (1936), entre otros ejemplos; por otro lado, la atropellada urbanización de los campamentos petroleros se encuentra en *Cassandra* (1957), del mismo autor, así como en *Oficina N.º 1* (1961), de Otero Silva.

²⁸ Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (1955). México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 107.

²⁹ *Tomo las denominaciones, así como algunos ejemplos, de John S. Brushwood, La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica* (1975), trad. Raymond L. Williams. México: Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 91-92, 185-186.

³⁰ *Ver en este sentido Gustavo Luis Carrera, La novela del petróleo en Venezuela. Caracas: Concejo Municipal del Distrito Federal, 1972.*

También están los muchos reportes de las historias migratorias de campesinos y provincianos a través de los que ocurría la concentración urbana en los países de América Latina. Ejemplos de inmigrantes poco calificados que buscan inserción en las pequeñas ocupaciones o el estrellato efímero en La Habana o Caracas, pueden encontrarse en *Écue-Yamba-Ó* (1933), de Alejo Carpentier, y en *Campeones* (1939), de Guillermo Meneses. Los barrios pobres que se convertirían en «poblaciones callampas» sirvieron de escenario a *El roto* (1920), del chileno Joaquín Edwards, así como su compatriota Nicomedes Guzmán recrearía los ambientes obreros en *Los hombres oscuros* (1939) y *La sangre y la esperanza* (1943). El colombiano José A. Osorio Lizarazo adoptó un ambiente semejante en *La casa de vecindad* (1930); después de *Campeones*, el venezolano Meneses también utilizaría las céntricas pensiones y casas de vecindad caraqueñas en *La misa de Arlequín* (1962). Los flujos migratorios conducentes a la transformación rural-urbana de países como Perú o regiones como Bahía, con la contradictoria y desequilibrada modernización que este proceso implicaba, puede seguirse en *Yawar Fiesta* (1941) de José María Arguedas, así como en la famosa *Gabriela, cravo e canela* (1958) de Jorge Amado³¹.

Nueva crónica urbana y novela de la masificación

Desde antes del triunfo de los Estados Unidos en la Segunda Guerra, la creciente americanización de las «ciudades masificadas» había sido favorecida por la penetración económica y técnica norteamericana en las repúblicas latinas, en el marco de la política del «Good Neighbour» (Buen Vecino), con la que la administración de F. D. Roosevelt buscó disipar el sentimiento antiimperialista que el arielismo había dejado en sus vecinos del sur. Con Buenos Aires y Ciudad de México superando los dos millones de habitantes desde los años 1940, Santiago y São Paulo el millón, mientras Lima y Bogotá le seguían muy de cerca³², la masificación de las ciudades conllevaba también la consolidación de nuevos sectores medios, resultantes de la amalgama de población urbana de vieja data con la inmigración foránea y campesina³³. Las reivindicaciones políticas y culturales de estos

³¹ Amado continuaría con este reporte en obras como *Tereza Batista, cansada de guerra* (1973), en la que la región de Bahía, aunque asolada todavía por las pestes y el atraso, experimentan una modernización que no alcanza a todos los sectores sociales.

³² J. E. Hardoy, «Las ciudades de América Latina a partir de 1900», p. 269.

³³ Me acojo aquí a la concepción de «ciudades masificadas» ofrecida por J. L. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, pp. 319-389.